

Blog del pase de la ELP

Publicación reservada a los miembros

Nº 7 - 3 de febrero 2022

Paso estrecho pero no imposible

Antoni Vicens

Lo que pasa en el pase —desde el pasante al cártel— es una enunciación. Pero, paradójicamente, hay substitución de la enunciación primera, porque el cártel sólo escucha al pasador. Todo conocimiento anterior del pasante por parte de los miembros del cártel es puesto entre paréntesis. El sujeto de la enunciación es entonces deducido de los enunciados y de los restos del testimonio que quedan adheridos (en negativo, como sombras de luz) en la placa sensible que es el pasador. La Escuela es el lugar de los actos de enunciación implicados, como lo fue de las interpretaciones del analista. Nominada la enunciación, el AE habla por la Escuela —habla el idioma “escuela”. El “soy” del goce, vaciado de pretensiones, se escurre entre los enunciados que constituyen el trabajo de la Escuela. Este trabajo es el de una transmisión en la que la garantía se renueva en conexión con la subjetividad de la época, es decir, con los modos de gozar que se harán familiares (*heimlich*) nada más volver la esquina.

Se trata de un cambio de enunciación, que va recorriendo los estadios de sufriente, analizante, pasante, AE, y que lo fue.

El pase permite la escritura de un programa de goce, logificado más allá del fantasma. Si el pase se orientó primero por la travesía lograda del fantasma, pasó luego a hacerlo por el anudamiento heterotópico, o mejor herético, en el que el pasante puede escribir su forma de gozar. Por mi parte, pude testimoniar de la transformación fantasmática del objeto anal en escópico como travesía vertical del fantasma “exilian a un niño”; pero también del nudo entre la contingencia, el exilio y la debilidad mental, o entre la vez, el veneno y la voz, y una pasividad curiosa. Si la primera versión implica un paso de frontera y un reconocimiento del resto causa de deseo, la segunda recorre los bordes abiertos de un sistema que es programa para una ética que incluye lo interminable de la interpretación y un trabajo de conquista.

El trabajo de transmisión corre sobre los rodillos de la pasión ignorante. Todo esto porque no hay enunciación sin Otro. De lo que se trata en el pase es del reconocimiento, en los enunciados, de una enunciación y de su pérdida.

Podemos tomar la distinción entre el pase-doctrina y el pase-acto, y hacerlos convenir en el pase-política. Si una doctrina puede dar cuenta de un acto, la política es la conjunción de lo universal, o al menos generalizable, con la singularidad de ese acto. A partir de ahí podríamos interrogar la clásica distribución de trabajo entre el

AME y el AE. Solemos decir que el AE es para el interior de la Escuela, su analista privado, y el AME para el exterior, la muestra de los buenos profesionales. Pero el AME es el alma de la Escuela (según la “cifra irónica” de Lacan). Y al AE le correspondería por su parte explicarse, darse a conocer hacia fuera, para explicar en términos corrientes lo que pasa en el interior íntimo de la Escuela, esto es, el acto analítico. Como se suele decir: “El análisis me cambió la vida.” Formalizar en qué, es la obra del testimonio. Esto va junto al análisis de la experiencia de la Escuela. Pasado el tiempo de la cura analítica, el análisis se hace contra el sujeto-supuesto-saber de la civilización: ¿Cumple la Escuela su función de refugio contra el malestar de la civilización? No para justificarlo en una psicoterapia, sino obrando un bricolaje con lo real, arrastrando a lo simbólico hacia nuevas formulaciones y confortando lo imaginario para una función de guardián del despertar que, como decía Lacan, siempre es particular.

El AE son las flores en la libertad de su singularidad; el AME es el vaso, o la mirada que Claude Monet crea para el arrobado ante su pintura interminable. El AE da a ver aquello que surge del agujero de la Escuela; y que es contenido por un borde practicable cuyo curador es el AME.